

¿QUÉ HUBIERA PASADO SI...?

Abrí la boca asombrada en cuanto vi la cara de la señorita con la que me había tropezado. Si no hubiera sido porque ese mismo día en la mañana había visto en Instagram que *ELLA* estaba en Australia grabando una secuela de la película *Transformers*, juraría que la chica que tenía frente a mí era la auténtica Megan Fox. Me dedicó una sonrisa muy dulce y se abrió camino. Su hombro rozó el mío cuando pasó a mi lado y me fue imposible no seguirla con la mirada.

Terminé de dar media vuelta y mis ojos se cerraron y abrieron en rápidos parpadeos una vez que se encontraron con los de *ÉL*. *ELLA* lo tomó de la mano y le dio un corto beso en los labios mientras yo sentí que algo se empezaba a quemar en mi interior y esa quemazón hizo que el corazón se me subiera a la garganta.

El contacto de unas manos alrededor de mi cintura me devolvieron al presente, volteé buscando la cara del dueño de esas manos. Quise sonreírle y no pude, así que solo le di un beso en ese lunar ubicado tan cerca de los labios que siempre me había parecido muy sexy. Nos tomamos de las manos y nuestros dedos se entrelazan mientras caminábamos a nuestra mesa. Emilio retiró la silla para que yo tomara asiento y apenas me senté, solté todo el aire en una suerte de alivio al darme cuenta de que *ÉL*, y la doble de Megan Fox, no estaban en nuestra mesa. Empecé a sentir un zumbido en los oídos, me sentía en *shock* después de haberlos visto juntos y aunque lo intentaba, no me era posible concentrarme en la conversación que se estaba llevando a cabo en nuestra mesa.

“¿Qué hace aquí? ¿Por qué decidió venir él y no Roberto?”. Todas las preguntas daban vueltas en mi cerebro mientras sostenía fuerte con el dedo índice y el pulgar, el tallo de la copa que estaba frente a mí. Fijé mi mirada en el vino que empezaba a resbalarse por las paredes de cristal y me concentré en el color rojizo de la bebida mientras a mi mente llegó el momento en el que Emilio me propuso matrimonio y me dijo que viviríamos en Colombia. En ese instante me convencí de que era lo mejor. Me estaba ofreciendo empezar una nueva vida en la que no tendría contacto con mi pasado, una vida que me garantizaba no verlo, una vida cómoda que me hizo pensar que eventualmente, esa comodidad podría convertirse en felicidad.

Gustavo me había confesado que me amaba, que nunca había dejado de hacerlo... Pero habían sido tantas subidas y bajadas, tanta incertidumbre, tantos problemas con su familia, que me rendí. Decidí huir como un cobarde y apostar por una vida estable, sin sobresaltos, en la que si me lo preguntan les confieso que a ratos me parece insabora, ¿pero no se supone que así es la madurez? Tranquilidad, calma, paz, vivir cada día igual al anterior. Emilio había hablado sobre tener hijos, yo le seguía dando largas. Quizá ya era el momento de planearlo de verdad.

Volví a bajar de las nubes cuando escuché que Emilio me comentó algo sobre ir a saludar a unas personas, le respondí que por favor fuera él solo porque yo necesitaba ir al baño. Se puso de pie, me dio un beso en la frente y me puse de pie yo también para ir al tocador y pasarme un poco de agua por la cara. Cerré los ojos frente al espejo. En mi mente apareció una vez más la imagen de Gustavo besando a su conquista. Saqué el aire poco a poco y me repetí que eso no me tenía por qué importar. No me podía afectar. Yo lo había dejado, yo le había dicho que toda nuestra historia me sobrepasaba, yo le había dicho que requería paz y estabilidad, yo le había dicho que solo Emilio me las podía dar.

El sonido del agua cayendo por el lavabo me hizo reaccionar. Abrí los ojos cuando escuché una pregunta que, asumí, era para mí.

—¿Estás bien? —Los ojos preocupados de una señora de edad avanzada hicieron que me diera cuenta de que no me encontraba bien, pero sonreí y le dije que sí, que estaba bien. Ella no me creyó, pero me sonrió de vuelta y salió del baño. Tomé aire una vez más y salí yo también.

—¿Mar? —Una fuerza invisible me presionó el abdomen, como si un balón de fútbol me hubiera sofocado al pegarme en el vientre. Sentí como si recorriera un túnel del tiempo a toda velocidad y este me depositara en la boda de Darío, en el momento exacto en el que él había hecho la misma pregunta abreviando mi nombre, ese pasado donde después de casi cinco años nos habíamos encontrado una vez más.

—Gustavo. —Intenté, pero no pude sonreír. Mis labios se tensaron en una línea.
—Te casaste. —Lo afirmó cuando reparó en los dos anillos que llevaba en mi mano izquierda.

Un pesado silencio nos cubrió a ambos.

Poncho le había llevado los papeles a su oficina para tramitar el divorcio de nuestra boda en Las Vegas. Él se había negado a firmarlos si no se los llevaba yo en persona. Lo llamé muchas veces y no me contestó. Cuando llegué a su oficina Diana me vio con pena, quise explicarle que la decisión que había tomado era la mejor para los dos, pero no me dio tiempo de hablar porque Gustavo apareció en la puerta para indicarme que podía pasar. El corazón se me rompió cuando vi que había quitado el cuadro con el pedazo de mar que estaba detrás de su escritorio.

—¿Estás segura? —Asentí con la cabeza y evité su mirada. Él no dijo nada y firmó. Tomé los papeles mientras un enorme nudo se iba formando en mi estómago y poco a poco subía hasta atorarse en mi garganta. Me fue imposible pasar saliva y decir algo más.

Mis manos estaban tan frías que sentí tibio el picaporte de la puerta cuando la quise abrir. Un temblor se adueñó de mí y detrás de mis ojos unas lágrimas comenzaron a brotar para expresar un dolor que me oprimía el pecho. No iba a permitir que salieran. No iba a llorar en esa oficina. Cerré los ojos y conté hasta tres.

—Mar... —Tomé aire para no sollozar. Un impulso me hizo abrir la puerta y salí deprisa. Él no me siguió y yo no volví.

—Me casé —respondí intentando espantar todos esos recuerdos de la firma del divorcio—. ¿Tú te casaste? —Lo vi a los ojos y el corazón me empezó a latir desbocado, sentí que hacía tanto ruido que él lo podía escuchar.

—No, Mar, yo no me he casado. —Pasé saliva y él también—. ¿Tienes hijos? —Puso cara de angustia y yo levanté las cejas al escuchar esa pregunta que hubiera querido no responder, pero las palabras comenzaron a salir a borbotones.

—Lo estamos intentando, quizá ya estoy embarazada. —Las palabras se quedaron suspendidas en el aire en medio de un silencio que pesaba, eso me hizo apartar mis ojos de los suyos, quería salir corriendo de ahí, lo vi una vez más y pregunté—: ¿Tú tienes hijos? —La boca se me secó y el corazón me latió otra vez deprisa, no quería escuchar la respuesta. ¿Por qué lo pregunté, si no quería saber?

—No, Mar, yo no quiero tener hijos si no es... —Detuvo la última palabra en la punta de su lengua, murió en sus dientes y no alcanzó a llegar a mis oídos. “Contigo” fue la palabra

que no llegó a ser parte de esa oración. Una palabra tan minúscula, cargada de un universo entero que nunca exploramos juntos.

Nos quedamos en silencio lo que duran dos latidos del corazón mientras nos veíamos intensamente a los ojos. Poco a poco la música se empezó a escuchar con mayor claridad y nos hizo conscientes del lugar en el que estábamos y que había otras personas esperándonos. Debíamos volver a nuestro lugar.

—Que estés bien, nena... —Fue lo último que escuché a mi espalda. Me mordí los labios conteniendo el aliento e intentando contener también las lágrimas. No me dijo Mar, él me llamó nena, un apodo cariñoso pero genérico que podría usarse con cualquiera. La piel se me erizó cuando fui consciente de que todos los “nena”, “amor”, “mi vida” o “preciosa” que salieran de su boca... ya nunca volverían a ser solo para mí. Alguien más sonreiría al escucharlos y lo besaría. Pensé en ello y contuve las ganas de vomitar.

Todas esas imágenes comenzaron a hacerse borrosas mientras se cubrieron por una especie de neblina negra. Cerré los ojos y al abrirlos, su reflejo se fue haciendo poco a poco más nítido conforme fue avanzando y acercándose al espejo. Se paró detrás de mí y el espejo nos mostró a los dos mientras él me envolvía dulcemente con sus brazos.

—¿Qué tienes? —Me dio un beso en la cabeza y yo sonreí, pero la sonrisa no alcanzó a llegar a mis ojos que seguían tristes por todas las imágenes que acababa de ver en el espejo.

—Nada. —Esa respuesta dijo más que mil palabras, fue una respuesta básica que le indicó que sí estaba pasando algo, aunque yo le dijera que no.

—¿Segura? —No respondí, pero los ojos se me empezaron a llenar de agua.

—Sí, solo me sentí triste, pero no tengo razón. —Fue más fácil decir eso a explicar que mi corazón se había sentido apachurrado por todas las imágenes que ya se habían fundido en el espejo.

—Deben ser las hormonas. —En su cara se asomó una enorme sonrisa, y alargó su mano para dejar una caricia muy suave en mi vientre—. ¿Te arrepientes? —Sentí que sus ojos alcanzaban a ver hasta muy adentro de mí, era como si quisieran traspasar mi mente.

—Nunca me arrepentiría, estoy convencida de que tomamos la mejor decisión. Vamos a ser los papás más felices del mundo. —Me dio un beso en los labios y entonces sí sonreímos los dos.

—Yo ya soy el hombre más feliz del mundo. —Me dio otro beso en la cabeza y comenzó a caminar hacia la puerta. Era lunes, él tenía que llegar temprano a la oficina.

—¿Si hubieras encontrado a la doble de Megan Fox, te habrías casado con ella? —le pregunté.

Gustavo me daba la espalda, pero se empezó a reír con ganas, regresó a mi lado, me tomó la cara con sus dos manos y me dijo fuerte y claro:

—Mar, yo nunca me habría casado con nadie y no habría querido tener hijos si no es contigo, ¿o acaso tú te habrías casado con Emilio?

—No, ni siquiera es algo que se me haya pasado por la mente.

Gustavo negó con la cabeza y por fin salió de la casa para irse a trabajar. Me quedé una vez más sola frente al espejo. Me quedé pensando que no hubiera tenido caso contarle sobre esa realidad alterna que había imaginado. Preferí achacarlo yo también a las hormonas que últimamente me jugaban todo tipo de pasadas. ¿Qué caso tenía seguir imaginando escenarios en los que ambos éramos infelices dentro de las infinitas realidades alternas del Mariverso en mi mente? ¿Qué caso tenía si estábamos viviendo nuestro propio felices para siempre?

Me puse de pie y vi mi perfil. Presioné el camisón contra mi cuerpo para marcar la muy pequeña curva que ya se empezaba a notar. Gustavo había dicho que era el hombre más feliz del mundo, y al verme ahí y pensar en él y en nuestro bebé que venía en camino suspiré y dije en voz baja: yo también, yo también soy la mujer más feliz del mundo.